

fuerte, deténgome en las esquinas, en las plazas, para verme y para que me vean ¡en España!.....

Añicos vuélvese mi júbilo no bien regresé á bordo..... Invádenos gente ordinaria en su gran mayoría; invasión de "boinas" y de "alpargatas", de españoles analfabetas enriquecidos en nuestra América, que aún se creen sus conquistadores y dueños, que nos miran por encima del hombro, que apestan la limpidez oceánica con el humo de sus cigarros, con el eco brutal de sus "co...rchos" y "p...cinetas".....

**23 de noviembre—(La Coruña)** Dentro de la bahía, sin poder saltar á tierra, por la brisa...

A la tarde, aprovechando instantes de calma, nos lanzamos á la ciudad, en un bote expertamente manejado de timón y remos.

Nota que nos mueve á reír, aunque pudo movernos á llorar: maniobrando en las aguas inquietas, cual si de tierra hubiese sacado honda "juma" alcohólica, un barquichuelo de vapor dibuja equis y dibuja abecedarios, se acuesta de un lado, se acuesta del otro....

—¿Qué es eso?...—preguntamos á nuestros bogas gallegos.

—¿Eso?... pus, ya lo ven ustedes... un señoritu que mejor debiera haberse quedado en casa... ¿verdá, tú?....

Y luego de reír nuestros hombres de mar, nos pormenorizan, en serio, quién es el del vaporcito: un indiano, (es decir, un español enriquecido en "Indias"—América Española—que ha tornado á la tierra á esperar la muerte disfrutando de su riqueza ultramarina,) de profesión farmacéutico, que se pasa la vida en la bahía, aprendiendo á manejar su lancha, muy recientemente adquirida.

En éstas, nosotros siempre mirando al aprendiz de nauta, el vaporcito endereza su proa contra el

costado de un imponente "carbonero" de Cardiff, y va y se estrella en la escala suspendida á uno de los grandes flancos metálicos, inhospitalarios, negros.... Cálmase pronto nuestra ansiedad... ya recogieron, maltrecho y sin su gorra blanca, al piloto fabricante de píldoras... ya lo suben al "carbonero," que se lo engulle por su portalón, como á una mosca... ya desenredan el barco de juguete del barco de océano... Y se ve el barquichuelo, lamentable, aboyada la proa, oscilante, tembloroso casi, cual si le doliera el golpe, cual si fuera á llorar, de dolor y de vergüenza...

Continuó, á bordo de "La Navarre," la invasión de ayer; en la tercera clase, hay más de 800 inmigrantes españoles para Cuba y México.

**25 de noviembre—(A bordo)** Presencio desde lo alto un espantoso drama que se representa en el entrepuente; argumento, el hambre; actores, varios inmigrantes; comparsas, mujeres y chiquillos mareados, tumbados al sol, luciendo su porquería, su miseria... Acaban de distribuirles su alimento, colocando encima de las duelas del piso, á la intemperie, el ventrudo caldero colmado de frijoles ó "judías," sobre el que estas gentes se tiran como bestias hambrientas y feroces. Pero hoy, varios individuos, por Dios sabe qué causa, han asido el caldero, y por arrebatárselo los unos á los otros, vierten su contenido y entablan horrible lucha á puñadas, á coces, á mordiscos... contemplándolos, mudos de espanto ó de indiferencia, las mujeres y los chiquillos... el escenario: alta mar!... los cielos y las aguas tolerando impasibles esa lucha de gusanos ponzoñosos que nada significanles...

No pude reprimirme, y antes de que los de á bordo fueran á apaciguarlos, á ponerlos con cadenas

en la bodega, bajé á intervenir... Un andaluz,—primer actor, de malísima catadura,—me retó, accionando mucho, el resto de la hampa, mirándome como á bicho raro y endeble:

—“Cármese uzté, cabayero, cármese uzté... y si está rezentío, pues, ná, me lo dice uzté en tierra, en la Habana... y ya verá uzté, ya verá uzté!”....

**28 de noviembre**—Sánchez Azcona, casi agonizante!... A pesar de sus sufrimientos, manifiéstame en medias palabras su terror de que lo echen á la agua, después de muerto...

Sin responderle nada por lo pronto, fui y obtuve del médico y del comisario, la formal promesa de que, si yo consiento en ayudar al médico,—condición *sine qua non*,—caso que fallezca el Ministro, su cuerpo será embalsamado á bordo para que en la Habana le demos sepultura.

Y cuando volví á Sánchez Azcona, y se lo dije, ¡qué alegría la de sus expresivos ojos de árabe que el hálito de la muerte ha agrandado!... Nada me repuso, ni una palabra... se volvió á la ventanilla abierta por el calor y miró el sol, el pedazo de cielo que desde ella se abarcaba.

**30 de noviembre**—¡Mejor el Ministro! Comenzamos á confiar en que llegará con vida hasta Veracruz.

**5 de diciembre**—En la Habana, desde el día 3 y al cabo de doce años de no visitarla. Si se exceptúa una atmósfera de tristeza, pocos cambios advertió en ella...

... asisto, por la tarde, á una corrida de toros en la Plaza de Carlos III y conozco á una de estas

celebridades pálidas, de rostro macareno, el “Minuto,” de Sevilla.

**8 de diciembre**—Antes de medio día diviso tierra mexicana, y siento, bien adentro, lo que siempre sentí cuando regreso á ella; sentimiento extraño, que lo componen muchas cosas... Cuando el “práctico” trepa á bordo, á mí se me nublan los ojos... y mirando la línea de tierra, la playa mía, mirándola fijamente, entrañablemente, aislado en el trasatlántico, dejo que la nube de mis ojos se resuelva en lo que todas las nubes se resuelven...

Después de tres años y medio de ausencia, desembarco en Veracruz, á las 4 de la tarde. Leo, en el puerto, algunos mensajes de enhorabuena por mi arribo, y sin afinar á saciarme, respiro aire de patria, á plenos pulmones.

**16 de diciembre**—En la ciudad de México, desde la noche del 13. Impresiones diversas: las afectivas, de familia; la muy grata que me proporciona siempre la ciudad, á la que encuentro ahora hermosísima, llena de edificios nuevos... En cambio, en diarios, conversaciones, etc., ni un átomo de arte, como en Africa! La política impera.

El señor Mariscal, Ministro de Relaciones Exteriores de México, á raíz de benévolo y afectuoso recibimiento, confírmame mi cesantía: por lo pronto, nada hay para mí!

El entrante lunes, seré recibido por el Presidente de la República,—á quien nunca hablé ni vi de cerca,—y siento alborozo de artista por hallarme al fin frente á frente de ese “caso individual” tan extraordinario.

**18 de diciembre**—Hoy fui recibido por el Presidente de la República, á la 1 de la tarde, hora de su acuerdo con el Ministro de Relaciones Exteriores, á quien yo acompaño.

El señor Mariscal, me indica que aguarde al Presidente en un salón bien espacioso, al que llegamos luego de cruzar varias estancias y antesalas desiertas y frías, y en el que me instalo riendo para mis adentros de la extrañeza que se dibuja en el rostro del ayudante de guardia, por ese mi ingreso tan fácil y rápido. Lo veo que está preguntándose quién será este intruso que él no conoce...

Desapareció el Ministro por una puerta gruesa, antigua y artística, á la izquierda; y cuando yo me acostumbé á la penumbra de la habitación, mucho me sorprendió la tapicería que la embellece... Sobre el fondo rojo de raso y en él grabado, alcanzo á ver nuestra Aguila, con corona y cetro imperiales; debajo de ella, el lema de gobierno del Archiduque Maximiliano... "Equidad en la Justicia," leo á cada paso, y me felicito de que perdure aquella tapicería, sí, es la mejor prueba de que en México no se destruye por destruir... Se destruyó un Imperio, ¡enhorabuena!, pero nó esas tapicerías imperiales, ni los jarrones de mármol que se divisan en las antesalas, ni los candelabros monumentales, de bronce, que figuran en el patio y en las escaleras, es decir, que estuvimos un grado arriba de los asaltantes victoriosos de las Tullerías y del Palacio Real, pongo por caso....

Mis entusiasmos decaen al descubrir sobre la magnífica alfombra de alta-lana, unas horribles escupideras de china, y encima de dos mesas, lámparas de petróleo, groseramente democráticas...

De súbito, sin ruido casi, veo delante de mí al Presidente de la República, árbitro actual de los destinos de un pueblo de 14.000,000 de seres...

Ya no es el mismo que yo conocí de vista, desaliñado, con aspecto de guerrero, de soldado veterano y peleador; éste es un caballero correctísimo, á la inglesa en pergeño y modales, muy afeitado, muy serio, irreprochable.

Nos sentamos, él, en la sombra, yo en la luz,— y es rasgo que no me disgusta en un gobernante sagaz, en un observador y manejador de hombres, como es él. Durante unos diez ó quince minutos se habla de generalidades, deteniéndose un tanto sobre el tema de "querer es poder"... Su silencio repentino indicame que da por terminada la entrevista, y me levanto, me despido, me marcho pensando cuán difícil tiene que ser el ver claro dentro de uno de estos espíritus grandes y múltiples... Sin embargo, yo querría estudiarlo de cerca.

**22 de Diciembre**—Cumplí 29 años.... Muy poco he hecho, urge trabajar más.

**23 de diciembre**—¡Con qué conformidad incuriosa, y para mí exasperante, tolera México la lenta invasión yanqui! Rótulos comerciales, hábitos, etc., vanse infiltrando é infiltrando en nuestro organismo nacional!... Esta tarde lleváronme á un hipódromo, el del Peñón, que parece en todo y por todo un hipódromo de los Estados Unidos; los empleados, los jockeys, la gran mayoría de concurrentes, hasta los caballos... hasta los programas son yanquis...

**24 de diciembre**—Navidad. Pásome la noche en familia, después de varios años de ausencia, y es indecible lo que gusto de nuestra cena á la media

noche, de la reunión íntima... Nada me dice la calle con sus ruidos alegres, sus cohetes, sus guitarras, sus cantos; antiguo noctámbulo y empedernido pecador callejero, opto hoy por los juegos de mis sobrinos, por la plática de mis hermanos—un piadoso manoseo de recuerdos santos, de amores ídos, de dichas muertas...

26 de dbre.—Rumbo á Veracruz, en camino de hierro.

Al pasar por Camarón, un viajero veracruzano, viejo ya, señálame una casa histórica, al otro lado del paradero. Allí se registró una resistencia heroica, cuando la Intervención, de 50 soldados franceses contra 600 soldados mexicanos que los sitiaban y al fin dieron cuenta con ese puñado de bravos que no quisieron rendirse...

La casuca, pintada de blanco, la han transformado en venta, está vestida de flores, bañándose en luz.

30 de dbre.—(Veracruz) En bote, á visitar la fortaleza de San Juan de Ulúa, que cuando muy niño recorrí sin poder darle importancia.

El gobernador resultó amigo mío, y con su venia y un "ordenanza," fui y visité el fuerte, por todas partes.

Impresión de horror, en lo general. Ya al irme, y considerando que acaso pueda servirme para la novela que ahora tengo en el yunque, hago que me muestren una galera con presidiarios.

Váase mi mentor en busca del "presidente" del presidio (denominación curiosa que se emplea en presidios y cárceles de México para designar al individuo que por su buena conducta de rejas adentro, y por su valor comprobado, ora con su crimen,

ora con hechos posteriores, queda con jerarquía de jefe sobre sus compañeros de cadena, se le inviste de cierta autoridad, no usa el uniforme, y así extingue su condena.)

Alguien me informa de que el "presidente" que á la galera nos conduce, es un antiguo capitán del Ejército, sentenciado á dieciséis años de reclusión, por homicidio, y en vísperas de salir libre. ¿Qué hará este hombre con su libertad...?

Y de pensar yo lo que hará él, esbózase una novela, muy en globo, el armazón del libro, al que bautizo con título de mi gusto; la denominaría "El Licenciado"... me esmeraría en la pintura de sus amores, unos amores puros, con mujer buena que á fuerza de caricias y besos le medio borraría del alma las indelebles manchas que hubieran dejado en ella ¡quieras que nó! dieciséis años de presidio...

Cuando me saludó el "presidente," parecióme descubrir en su mirada, domesticadísima por esta férrea disciplina, sedimentos de odio hacia nosotros, los libres, los que no hemos padecido nunca de cautiverio tan prolongado y vengativo, tan injusto—¿por qué no injusto?...

Luego, á la militar, desde afuera de la galera, grita á 300 presidiarios:

—¡A formar por compañías!...

Abriéronnos las dos rejas de madera, y, al pronto, nada distinguí, tal era la obscuridad; sólo escuché un rumor como de avispa enfurecida y colosales...

El "presidente," volvió á ordenar:

—¡Silencio!!...

Y la masa de condenados, que ya veía ondular, se calmó al instante, enmudeció, púsose rígida; y su respiración múltiple llegó hasta mis oídos, simulando, al llegar, la que pudiera producir el pecho roto de un tuberculoso agonizante y olvidado

por uno de aquellos rincones negros, que con espanto se adivinaban...

Cuando definitivamente me habitué á la luz escasisima; qué cuadro contemplé, qué horrible cuadro! Tres ó cuatro galeras, en cruja, de bóveda; con arcos divisorios, piso de tierra apisonada,—¿por pisonés? ¿por los pies y los cuerpos de estos infelices?...—muros recios, y en el extremo opuesto á las rejas de entrada, ventanillos largos y estrechos,—ni un brazo cabe por ellos!—que caen al mar. Dos filas de catres de madera (en las galeras del otro lado de la fortaleza, todo el mundo duerme sobre el suelo,) tan próximos entre sí, que simulan dos inmensas tarimas. En las salas restantes, patates en vez de catres, y pendiendo de los techos de todas, lámparas de petróleo, que no encienden aún. En la calle central, la que forman las dos hileras de catres, formados en dos filas, hallábase los presidiarios, muy derechos, muy juntos, sus cráneos rapados, sus miradas torvas y bajas, las rayas bicolores de sus uniformes de lienzo, dándoles fantástica semejanza con las víboras... Y en los ángulos salientes de esas fisonomías cobrizas, en las protuberancias de esos cráneos rapados, de corrido podría deletrearse todo un catálogo de delitos, todo un archivo de rencores, todo un arsenal de pasiones.

...Ansiaba que terminase mi visita; me reñí por mi curiosidad malsana... y comprendí, al cabo, que aquello había de servirme, que era y es necesario verlo y contarlo, supuesto mi vicio de publicar la verdad artística de los espectáculos que la vida me brinda. Sí, de allí me saldrá un libro, ó material fragmentario para diversos libros...

Prevía consulta con el "presidente," repartí cuatro pesos en monedas de plata, y momento hubo en qué temí perecer ahogado por aquel en-

jambre de manos sin dueño visible, que me tiraban de la ropa, que reclamaban mi preferencia. Por dicha, el "presidente," sin moverse de su sitio, vino en mi ayuda, y los dominó cual domador de fieras, en un circo:

—¡Quieto todo el mundo!... A ver, los capataces que recojan ese dinero, que compren cigarros y entre todos los distribuyan...

Y los capataces se adelantaron; los cuatro pesos, que diríase que la tierra se los había tragado, aparecieron de nuevo, fueron devueltos con precisión obediente de animal amaestrado...

Salí con nostalgias de espacio y de aire. Me ardió la cabeza; reproché leyes y condené á legisladores; por unos segundos, hasta comprendí la anarquía, la destrucción de los más por los menos... y el presidio ése, la espantosa pesadilla social, iba persiguiéndome, persiguiéndome...

—¿Volvemos al muelle, caballero?—me interrogó el patrón del bote.

—¡No!—le dije,—lléveme usted hasta la isla de Sacrificios.

—Está muy retirada, y la mar principia á picarse...

—No importa, no importa, lléveme usted, aunque sea á la vela...

Emprendimos la travesía diminuta, con fuertes tumbos de mi embarcación, que me devolvieron la conciencia de que soy—¡sólo en cierto sentido!—hombre libre; y el viento que me azotaba la cara, las olas que me alzaban y me hundían, el sol despeñándose tras de la ciudad y manchando á ésta, con su partida, de sombras y obscuridades, todo alegróme; mi feroz egoísmo de humano se regocijaba con el espectáculo encantador de ese mar gigantesco, de ese atardecer costero y tibio...

No llegamos á Sacrificios; de La Lavandera vi-

ramos para el retorno, después de divisar la boya silbante de aquel cayo, islote ó lo que sea; boya tristísima, que á distancia se la oye lanzar intermitentemente sus lamentos de aire, cual otros tantos gritos de desconsuelo supremo, por sobre el infinito y movedizo desierto de agua.

1894

9 de enero—(México) Porque me siento enfermo de veras, hoy resolví consultar á una de nuestras eminencias médicas, á don Eduardo Lécéaga.

El mismo desagradable espectáculo en su sala de espera, que en la de cualquier doctor afamado de cualquier parte del mundo: personas bien vestidas, de uno y de otro sexo, que hablan bajo, que miran compasivamente al vecino de asiento,—á quien siempre suponemos, con algo de júbilo bestial, en condiciones peores que las nuestras,—y que en todos sus gestos acusan su ansia de vida, de prolongar indefinidamente ésta, aun cuando se padezca, aun cuando el cuerpo ya no pueda ó el espíritu ya no quiera...

Me llegó mi turno y entré en el consultorio. Como me une al doctor alguna amistad que mucho estimo, mientras me despojo de las ropas, charlamos, primero, de cosas indiferentes, de la época en que nos vimos por Europa; luego, el reconocimiento general, metódico, de médico célebre que cuida su celebridad; el interrogatorio, concreto, inquisitorial, curioso de abuelos y secretos de familia; con certidumbres de anatómico y titubeos de ciencia insegura. Resulto con una porción de alifafes, neurastenia muy principalmente. Y el tratamiento es enérgico, hasta vejigatorios se me prescriben; hay también crueldades: "si es posible, no habré de escribir ni cartas..."